

GLORIA A DIOS

Francesc Xavier Pallàs Saladié

A trompicones, en su estilo habitual, Culebra me contó una historia que en manos de alguien serio arrasaría por tierra, mar y aire. Pero a nadie le interesa lo que diga mi creativo amigo y sólo estamos yo y este teclado disfuncional para relataros con pasión tan escalofriante narración.

Veréis, resulta que el recién estrenado primer Papa latinoamericano “no es legal”, en palabras de mi tortuoso colega. Y es que el Winslet I, el Vicario de Dios, oculta un escalofriante secreto...

Cuenta su biografía que la carrera hacia el cielo (y más allá) de Samuel Casas se inició en Irak. Andaba el hombre perdido por el reino de la guerra, cámara en mano y cigarrillos en las orejas, incrustado con las tropas norteamericanas durante la Batalla de Faluya, cuando cinco balas, cinco, le pasaron silbando a diestra y siniestra con mordaz precisión; se quedó pasmado varios segundos y burló de nuevo a la muerte cuando una cabeza de vaca pulverizada cayó del cielo e impactó a escasos metros de donde seguía anonadado. A partir de ahí, Casas se vio imbuido en una espiral de creciente religiosidad por la cual lo abandonó todo para entregarse en cuerpo y alma a su descubierta fe cristiana.

Eso cuenta la versión oficial.

La versión desclasificada según Culebra se remonta al verano de 2006, en la ciudad de Bogotá, cuando en la cabeza del Samuelito de siete años de edad no cabía otra cosa que jugar a todas horas con Gustavo (su amigo del alma), Mandala, Victoria y Piñata. Sólo faltaban Irene y Sinaia, cuyas artes diplomáticas suavizaban cualquier roce ipso facto y ahora estaban de vacaciones en algún lugar del Cono Sur. Jugar, jugar y jugar, eso cuando el niño no estaba con su querido abuelo en misa,

sólo por acompañarle, que no le interesaba lo que el cura tuviese que decir, o siguiendo los balompédicos progresos del fabuloso Millonarios.

Entre las actividades del grupo destacaba la caza del tiburón. Un deporte de riesgo, adrenalina pura y pelos de punta, temblor generalizado y sudor frío; en ocasiones, también de meado incontrolado. Con su morro de escualo, Tortas era el can más temido de la capital y su reputación de asesino implacable atraía a toda suerte de buscavidas decididos a capturarlo y sacarle buen partido. Recluido en una casa abandonada del barrio de Sumapaz, en el extremo este de la ciudad, Tortas se aventuraba ocasionalmente fuera de su dominio; entonces, las calles enmudecían.

La intención de los cinco no era la de hacerse con un montón de pesos. Todo lo contrario: pretendían liberar a Tortas del estado de sitio al que estaba sometido. Porque todas esas historias de terror eran pamplinas y, o lo liberaban de su prisión o acabaría enloqueciendo por culpa del desfile sin tregua de cazadores.

Con tal objetivo se desplazaron hasta el lugar de los hechos hasta en cinco ocasiones durante ese verano. No eran un mini SWAT que digamos. La primera vez, a Piñata y Mandala se les pasó la cita y el resto echó raíces esperando. En los dos siguientes intentos, los cinco pusieron pies en polvorosa al percatarse de la presencia de individuos con sombríos propósitos. A la cuarta, Samuelito y Gustavo por poco se parten la crisma al caer por la ventana cuando Victoria los empujó, rabiosa, porque el futuro Papa le había pegado un chicle en el pelo. En el último asalto, Piñata se quedó petrificado al divisar lo que parecía un espectro de capa blanca y no era otra que Mandala probándose unas cortinas rasgadas.

En el último suspiro vacacional, ya cerniéndose la amenaza de la escuela cuál relampagueante tormenta, Samuelito propuso una última expedición de rescate

a Sumapaz. Ni que decir tiene que todos se sumaron a la idea con entusiasmo. ¿Quién si no iba a evitarle a Tortas un final cruel a manos de la ignorancia humana?

El pistoletazo de salida para la operación “Mi Mejor Amigo Será Feliz y No Sufrirá Más” fue la puesta de sol del 29 de Agosto. Ya sé, menudo nombre para una operación. Pero los cinco fueron incapaces de llegar a un acuerdo y, a falta de las dos pacificadoras, esta fue la solución menos mala.

Samuelito, Victoria y Piñata flanquearon la casa por atrás con sus monopatines de turbo-reacción; Mandala y Gustavo se acercaron por el porche con sus bicis de primera. Las primeras en entrar para reconocer el terreno y plantar algún que otro espantapersonas de interior fueron las chicas. Las autodenominadas Hijas del Trueno peinaron la planta baja: no había moros en la costa ni Tortas parecía rondar cerca, así que Mandala avisó por el walkie a Los Tres Mosqueteros.

Una vez revisada toda la casa, el equipo tomó posiciones para recoger al perro nada más apareciera. Un filete al cloroformo atraería su atención y permitiría una evacuación segura. Al oír un ruido sospechoso, Samuelito fue a echar otro vistazo por el sótano, inadvertidamente para los otros, muy ocupados en garabatear sus nombres en las paredes ruinosas. Justo entonces, Tortas entró en tromba en su refugio, huyendo de dos tipejos que le seguían con una camioneta. Se perdió entre las sombras antes de que ninguno de los cuatro advirtiera lo que estaba sucediendo y echara a correr sin dilación.

Mientras buscaba a oscuras no sé sabe qué por ahí abajo, algo rozó a Samuelito, que profirió un grito de espanto de esos que no se olvidan. Habría salido pitando de allí pero se calmó y racionalizó un poco: si hubiera sido una rata, ésta sería gigante y ya lo habría incluido en su menú-degustación; si hubiera sido un gato... no, no había ronroneado; si hubiera sido un perro, habría sido... ¡Tortas! Como la linterna se había quedado sin pilas, Samuelito usó sus gafas de visión

nocturna para localizar al pobrecillo animal. A ver, a ver, ¿dónde estaba? Ah, ahí, yaciendo en una esquina mugrienta. El muchacho se acercó con sigilo y le lanzó el pedazo de carne que tenía guardado. Miró entonces con cariño paternal al perro, que le correspondió con una incisiva mirada llena de genuino odio.

En efecto, las historias para no dormir sobre Tortas eran ciertas y ahora Samuelito pasaría a engrosar su lista de víctimas. El perro se alzó y empezó a acercársele, babeando, espumeando, con los ojos inyectados en sangre. ¿No era ese un buen momento para rezar? De acuerdo, en misa se burlaba de los lapsus del Padre Aurelio y de su fervorosa parroquia, pero era un niño, y Dios siempre, siempre, protege a los niños y su hijo Jesús quería que todos se le acercaran. Así se lo había dicho su abuelo y así debía ser. Rezó con todas sus fuerzas infantiles para que aquel chucho demoníaco se esfumase y él pudiese cantarle la caña al bribón de Gustavo por haberle abandonado.

Tanto rezó y tan concentrado estaba que casi le explota la cabeza. Lo mejor de todo es que dio resultado. Los tipejos que le seguían el rastro al cánido monstruo le dieron caza cuando su putrefacto aliento ya había llenado de vaho las gafas de Samuelito. Resultó que eran empleados de la perrera municipal, o sea que olvidad lo de “tipejos”.

Dios se había comportado y Samuelito juró que un día, vestido de blanco, dirigiría los negocios del Todopoderoso y le convencería para poner orden en el planeta. No aclaró cuando. Quizás se había olvidado por completo del asunto cuándo lo de Faluya.

Un relato de **Skyline**

Universitat Pompeu Fabra – Sant Jordi 2007